

para la guerra; como era la ocupacion de todos, el trabajo y el comercio se reservaba á los esclavos, como un castigo.

No nos detenemos en las detestables virtudes de Esparta; pero deslumbrados por las pomposas arengas de los oradores de Atenas y Roma, nos figuramos los que las pronunciaban como gentes muy libres en sus ideas y en sus actos. Obsérvase, sin embargo, y se verán surgir en los días más brillantes de la libertad romana tiranías sin freno, tales como las de Sila y Mario, y cualquiera, como los triunviros, ejerce un poder incontestable. Hasta en la misma constitucion, ¡qué fatal poder el de los censores! ¡qué inquisitorial! ¡qué arbitrario! Livio Salinator, que se encuentra investido, á pesar de una condena popular, declara infame al pueblo en masa, y arrebató á treinta y cuatro tribus, de las treinta y cinco, los privilegios de ciudadanía. Estos magistrados son, pues, dueños de trastornar la república. Arrojan del senado un considerable número de sus miembros, treinta y dos en 633, sesenta en 682; Apio Claudio escluye á todos los partidarios de César; aun se hace más con respecto á los caballeros, relegándolos entre la plebe, de la que se sacan otros. ¿Cuánto no debía hallarse infringida la constitucion, y cuán poco respetada se encontraba la seguridad personal? El dictador Cornelio Rufino es excluido del Senado, porque posee diez libras de vagilla de plata; Caton degrada al senador Manilio, porque da un beso á su mujer en presencia de su hija. ¿Hay algo más intolerable que semejante tiranía doméstica?

Lejos de que la justicia estuviese rodeada de todas las garantías de los tiempos modernos, los oradores peroraban, no para desenmascarar al culpable y hacer absolver al inocente, sino para confundir la verdad con ayuda de las pasiones; y si lisongea ver en sus arengas los poderes de los medios oratorios, debe comprenderse tambien que la justicia dependía únicamente de la voluntad del juez. Las lágrimas derramadas por el anciano Horacio salvan á su fratricida hijo: así como el orador romano manifiesta las heridas del soldado, para ganar su causa por sus sufrimientos, el orador griego enseña el seno de Friné para que la vista de sus encantos haga inclinar la balanza en su favor.

El imperio romano realizó un despotismo tal que apenas se puede creer en él: millones de hombres son enviados legalmente á la muerte, porque creen y adoran á Dios á su manera; un procónsul, hombre honrado, aprisiona á varios, por simples apariencias; como titubease entre la legalidad y su conciencia, consulta al emperador, que aprueba y confirma su conducta, estendiendo aun estas atroces arbitrariedades. Y nosotros, nosotros maldecimos la inquisicion moderna, que en efecto no tiene excusa por no haber sabido corregir, con la tolerante caridad del Evangelio, aquella antigua severidad, después que por espacio de tres siglos

los mártires habian luchado á fin de que la fuerza material fuese escludida del santuario del alma, y que no ejerciese su poder sobre la razon y la conciencia; y sólo entonces el derecho llegó á ser humano, y la tolerancia ley de Dios y cánon de la humanidad entera.

Estension de la libertad.—Las dos sociedades difieren, pues, radicalmente y ya se ha podido comprender cual es la más libre. Es verdad que los derechos de ciudadano llegaron en algunas repúblicas, como en Atenas á una estremada perfeccion; pero cuántos gozaban de ellos? Algunos millares de individuos, clasificados por escalones, para tiranizar una plebe que no se contaba por nada, y un mundo de esclavos.

Y cuando decimos plebe, entendemos todo el pueblo de los campos, y una gran parte del de las ciudades; porque en los mismos lugares, en que á fuerza de insurrecciones ó sutilezas legales, se habia asegurado, como en Roma, los derechos de hombre, es decir, el derecho de poseer á una mujer, hijos reconocidos porsuyos, y un campo propio, en tanto que no le fuese arrebatado por su acreedor, allí mismo se encontraba reducido á vivir en la ociosidad, ó á aguardar su alimento de la generosidad, es decir, de la limosna de los que tenían necesidad de su voto, ó temian su furor. Si un día la tempestad retarda los convoyes de granos, ó si un capricho de Calígula impide su distribucion, la plebe muere de hambre. Cuando sale de los tesoros de mármol, donde ha olvidado que ayer sufrió necesidades, y que las sufrirá mañana, se esconde en miserables guaridas, de tal modo prensada, confundida y oculta á la vigilancia pública, que se pueden establecer allí talleres desconocidos, y llevar á ellos, para someter á un trabajo forzado, á los transeuntes, á quienes se ha robado.

Cuando decimos esclavos, entendemos hombres que otro hombre puede vender, mutilar ó dar muerte á su capricho; que no tienen familia, ley ni Dios; entendemos mujeres á quienes no se deja siquiera el consuelo de ceder á la fuerza ó á la seducción; que el amo tenía ayer abrazadas, y que venderá mañana con los hijos que de ellas ha tenido: entendemos personas de quienes no se digna ocuparse la ley, ó si prohíbe mutilarlas, es únicamente para que el corazón del amo no se endurezca con aquel espectáculo.

Basta en realidad que haya esclavos para ser imposible la moral, en atencion á que su educacion es esencialmente descuidada. Acostumbrándose los amos á un mando duro, absoluto, y sin embargo adulado, este imperio sobre si mismo, esta primera condicion del desarrollo moral, se debilita en ellos; la costumbre de una crueldad arbitraria sofoca el amor á la humanidad, que es el carácter del progreso social; la facilidad del libertinaje rompe las relaciones domésticas.

¿Y qué destino es el de la mujer en la antigüedad? Será madre de los guerreros, obrera asidua, mujer económica, á lo más amable compañera del

lecho nupcial y á veces de la mesa. Por lo demás, nada de la libre y poderosa personalidad de la sociedad moderna, que hace que la más ínfima criada pueda, sin recurrir á los subterfugios de la reina Penelope, rechazar un pretendiente importuno. ¿A qué hablar de los ultrajes de los poetas y de los oradores (4), y de las locuras de aquel emperador que hacia arrastrar su carro por mujeres desnudas donde él mismo iba tambien desnudo (5)? El genio de la antigua legislacion la deprime constantemente; insulta á su inteligencia y á su veracidad. No hemos encontrado entre los antiguos ningun instinto de educacion respecto de las mujeres. Si quieren caminar á la par con el hombre y adquirir influencia, se hacen cortesanas: entonces, como Aspasia, dan lecciones á Pericles y á Sócrates; y como Pitionice, tendrán un sepulcro en la via sagrada que conduce á Atenas. Y sin embargo, abominables amores entre hombres manifiestan aun más el desprecio á la mujer, reservado únicamente para procrear. Dejando aparte á los poetas criticos, satíricos y cómicos, el buen Plutarco nos refiere que Epaminondas no se casó nunca, porque tenia dos mancebos amigos; y habiendo perecido uno de ellos con él en Mantinea, se tuvo cuidado de que su sepulcro estuviese próximo al del héroe.

Pero entre los mismos hombres libres, se encuentran en cada familia una tiranía más dura, porque es más inmediata: padres que pueden dar muerte á sus hijos ó esponerlos, repudiar á su mujer, cederla ó prestarla, y que, dueños de los bienes y de la vida, ejercen una jurisdiccion privada en los delitos domésticos (6).

La Grecia, tipo de la antigua libertad, no llega más que á la libertad del concejo; y á éste es al que el hombre es sacrificado. En Esparta, no hay más propietario que el Estado; en Atenas, el propietario es la familia, como consecuencia de una combinacion singular de sentimientos humanos y de intereses del concejo; en Roma, la república es una asociacion de padres de familia, soberanos en el ejercicio del poder doméstico, de manera que los hijos son una especie de propiedad. En ningun pueblo estaban desvinculadas las propiedades; las instituciones ponian trabas á los contratos, obli-

gando á vender únicamente en tal ó cual ciudad ó tribu: en Atenas un ciudadano no podia dejar sus bienes más que á sus parientes naturales ó adoptivos; la mujer ni testar, ni hacer donaciones: sólo los varones eran llamados á la sucesion como continuacion de la persona y de la familia del padre, á falta de ellos, sucedía la mujer, pero con la infelicísima obligacion de casarse con el pariente más próximo.

Por todas partes el individuo es inmolado en bien de la familia y de la ciudad: la trasmision de los bienes, el derecho de testar, los matrimonios, los divorcios... todo está regulado segun esta tiranía pública, los escritores más adelantados no ven allí otra cosa que el bien de la república. Así es que Aristóteles coloca al frente de su *Política* el derecho de esclavitud, y Platon no se ocupa en su *utopia*, mas que de dar al estado esplendor y fuerza, cualesquiera que sean los sufrimientos del individuo.

Si la antigüedad es el dominio del politeismo; y nuestra era el del cristianismo, la cuestion está resuelto en nuestro favor. Porque sin recordar siquiera que el vicio se consagra allí con escándalos divinos, la multiplicidad de los dioses suprimia la conciencia de la igualdad, y en su consecuencia, toda idea justa de los derechos y deberes (7). El Evangelio enseñó á los grandes y á los pequeños á invocar á *nuestro Padre*, y desde entonces á reconocerse como hermanos. No prohibió el amarse á sí mismo; pero prescribió amar á los demás como á nosotros mismos. Recomendando hacer el bien á sus semejantes por amor de Dios, introdujo al hombre en el pensamiento divino, y le hizo comprender que el objeto de Dios es el orden. Instituyó, como remedio de las desigualdades necesarias y de los inevitables sufrimientos, la caridad, que es el mismo amor trasformado en sentimiento religioso, en deber lleno de dulzura. ¿Dónde encontrar en toda la antigüedad una institucion que se asemeje á la simple magistratura de nuestros curas, cuerpo regular de institutores para el pueblo, de tribunales para los oprimidos, de consoladores para los afligidos, reclutado en todas las clases con el objeto de dar á todos luz, moralidad y consuelo?

Poblacion.—Algunos pretenden que la poblacion antigua fuese cincuenta veces mayor que la del día, pero aunque se pudiese probar que era

(4) Pindaro vencido trata á Corina, su coronada rival, de *marrana*. ELIANO, *Var*, XIII, 25.

(5) LAMPRIDIO, *Heliogábalo*, XXIX.

(6) En un diálogo en que manifiesta las diferencias de las naciones entre los antiguos y los modernos, espone Hume gran cantidad de costumbres crueles con nombres bárbaros, como el encierro de las mujeres, los tormentos impuestos á los esclavos, la esposicion de los niños, el destierro de los hombres distinguidos, y otras cosas aun peores, suponiéndolas en un país distante y salvaje; pero cuando uno de los interlocutores se admira y horroriza, declara que ha hablado de Atenas, y prueba con textos clásicos todos estos hechos crueles y extravagantes, sacando en consecuencia, con qué razon los atenienses son llamados los franceses de la antigüedad.

(7) M. Toroplong publicó en las *Actas de la Academia de ciencias morales y políticas*, una larga memoria, cuya conclusion es esta: «El derecho romano fué mejor durante la época cristiana que en los más brillantes siglos anteriores; pero fué inferior á las legislaciones modernas nacidas á la sombra del cristianismo, y penetradas mejor de su espíritu. No me siento capaz, dice el autor, de admirar un derecho tan esclavo de la letra y tan rebelde al espíritu; derecho orgulloso, al mismo tiempo, que tenia la pretension de proveer á todo y no tenia la inteligencia de las más simples garantías debidas á la buena fe.»

mucho más numerosa, esto resultaría desmentido por otros datos. Se puede creer que la especie se multiplicase donde subsistían las castas, estando asegurada la subsistencia de todos; pero á medida que las clases ínfimas se elevan, crece la necesidad; la cual empobrece hasta la casta superior. Además todo induce á creer que en el mundo griego y romano fueron más escasas las poblaciones. El pensamiento supremo de los legisladores era que el número de los ciudadanos estuviese en proporción con los recursos de la república, la cual debía alimentarlos; y el remedio más acostumbrado era dejar que los padres matasen á sus hijos cuando se hallaban en la infancia. Además, la parte más numerosa eran los esclavos, y en la esclavitud es muy escaso el aumento. Aun entre los libres, se hacían en Roma los matrimonios muy tarde, esto es, concluido el servicio militar. Después la ruina de su poca agricultura hizo que inmensas posesiones quedasen despobladas. En fin, aun cuando fuesen verdaderos los millones de habitantes que suponen que tenía Roma, sólo revelarían un inconveniente peor, el acrecentamiento de la cabeza, en daño de los demás miembros.

¿Eran acaso los antiguos más ricos que nosotros? La opinión general apoyada por cierto número de hechos, quiere que sea así. ¿Quién no ha admirado en su infancia la opulencia de Salomón y su magnífico templo? Alejandro encuentra por valor de trescientos millones en la tienda de Darío, y el botín hecho en la batalla de Iso bastó para enriquecer y corromper á la Grecia. En Cartago y en Corinto abundan los metales preciosos, que fundidos juntos en el incendio forman otro nuevo. ¿Qué ciudad la de Rodas construyendo su coloso para adornar la entrada de su puerto! En un teatro de Atenas, aguas olorosas caen sobre los espectadores por ocultas aberturas, y la representación de tres tragedias costó al tesoro más que la guerra del Peloponeso. Escauro construyó en Roma un teatro capaz de contener ochenta mil personas, adornado con cinco mil estatuas, y que sin embargo no debía durar más que un año. Es inútil reproducir las magnificencias de Lúculo y Cleopatra, los banquetes de Vitelio, los tesoros de Herodes Atico, y los de Crespo, que tenía en sus arcas 7,000 talentos en numerarios, y la suntuosidad de aquellos triunfos con que Roma se engrandeció desde los Escipiones hasta Aureliano.

Pero hemos procurado en lo que ha dependido de nosotros, no hacer consideración como riqueza la que se encuentra acumulada en un pequeño número de manos, sino la que repartida sirve para las necesidades y bienestar del mayor número. ¿Para uso de cuántos individuos eran los antiguos tesoros? ¿Cuántos millares de hombres no perecían de hambre por un sólo personaje opulento? El aspecto general de prosperidad que presentaban las ciudades escende á toda creencia. Todo eran palacios revestidos de mármoles y metales, con estatuas elegantes y admirables grotescos, y con alhajas,

en que el precio de la materia rivalizaba con la exquisita perfección del trabajo. En las casas de recreo (Baia lo atestigua), el lujo se extendía á los mayores detalles. Los baños de un rico ciudadano pudieron convertirse en templos; se ha encontrado en el gabinete de otro las obras maestras más alabadas de escultura; un mosaico que bastaría en el día para hacer la gloria de un museo, formaba el pavimento de un triclinio de una ciudad secundaria como Pompeya.

¿Pero no se distingue en todo esto la ostentación y el fausto teatral, más bien que el cuidado de la comodidad? En Roma, gabinetes de un maravilloso trabajo no recibían luz, y el más insigne grupo antiguo, fué sacado de un recinto enteramente oscuro. Admiramos aquellas termas y aquellos baños; pero su necesidad se ha disminuido entre nosotros con el uso del lienzo, y las diferentes comodidades domésticas generalmente extendidas. Nos admiramos al aspecto de aquellos largos acueductos, cuyas pintorescas ruinas interrumpen la monotonía del desierto romano; ¿pero no manifiestan, á la par que el poder de los constructores, su imperfecto conocimiento de las leyes de la hidrostática, y no obtenemos nosotros en el día con bombas y conductos subterráneos, mayores prodigios? Los caminos que conducían de una estremidad á otra del imperio, parecen por su solidez, que resistió á más de veinte siglos, obras sobrehumanas, pero sólo estaban destinados para los soldados, lo que hizo se les considerase por Suetonio, como *opera magna potius quam necessaria*, al paso que entre nosotros, sin hablar de los caminos de hierro, un sistema de ellos reúne cada aldea á los grandes centros: los caminos romanos servían para trasladar las contribuciones de las provincias á las ciudades capitales (8); nosotros suplimos á ellos con letras de cambio.

No considerando más que á los que gozaban de la plenitud de los derechos de ciudadano, es decir, del derecho de oprimir á los demás y engordar con su sangre, ¿cuánto no cambiarían las cosas de aspecto, por poco que se les quitase el barniz brillante que las cubre! Una corta distancia separa á Nápoles, sin cesar creciente, de dos ciudades enteradas en otro tiempo. En la capital moderna las habitaciones informes se presentan en desorden, pegadas á la costa ó esparcidas por la playa, dejando entre sí calles tortuosas, con cuevas hondonadas. Por el contrario, en Pompeya y en Herculano, todo es regular; las calles y las casas están alineadas, las puertas eurítmicas, los patios

(8) *Ut omnia tributa velociter et tuto transmitterentur.* PROCOPIO. Los grandes caminos del imperio romano eran veinte y siete, que se extendían en un espacio de 4,500 leguas. Solo los del imperio francés en 1807, comprendían 13,400 leguas, y todos conocen cuanto se han aumentado desde entonces.

y los comedores muy adornados: las plazas, las basílicas, los templos arquitectónicos, los menores utensilios domésticos, no son menos elegantes y acabados que los cimacios de las curias. Pero disipada la primera admiración, se dirige uno esta pregunta que un rey de aquel país hacía á otra metrópoli de la Italia: *¿Dónde está el pueblo?* Se ven palacios para un pequeño número de ricos, tiendas para algunos mercaderes; ¿pero dónde se abrigaba la masa de la población? ¿Dónde están las casas donde iba á descansar de noche? No preguntaremos si hay un hospital, ó un refugio para los pobres, estos eran beneficios desconocidos. Pero en la soledad de aquellas habitaciones exhumadas, ¿cuántas comodidades no faltan de las nuestras? El dueño de la casa tiene un comedor para invierno y otro para verano; pero su alcoba es una cueva sin aire y sin luz; recinto donde apenas se pueden mover, son los gineceos donde encierran á las mujeres; aquellos donde amontonan los esclavos que no tienen encadenados á la puerta, son verdaderos calabozos. No hay ventanas con vidrios que den claridad y aire, satisfagan la curiosidad é interrumpen la monotonía de las paredes; sin conducto para las aguas domésticas, comunes ni chimeneas; y en lugar de escaleras, rampas muy estrechas; asientos y lechos elegantes pero muy duros; hermosos carros, pero sin muelles ni sopandas; calles estrechas, y puertas aun más, indican que pocas personas usaban aquellos carruajes que en el día recorren á millares la ciudad vecina hasta para el servicio de los más pobres. Sin alumbrado de noche, sin bombas para sacar agua, sin medios para preservarse de la lluvia y del rayo, y sin manteles ni tenedores en la mesa (9). Además, por todas partes se ofrece la imagen de un amo rodeado de un enjambre de esclavos sujetos por el temor, y desde luego temidos; que se rodea de sus amigos para entretenerse y divertirse con ellos. La mujer no interviene en su vida, sino como estímulo ó desahogo de sensualidad.

Comodidades de la vida.—Supóngase que uno de los antiguos habitantes de aquella comarca resucitase en el día, y viese en la aldea que se es-tiende encima de su patria, al sastre, al zapatero y al carpintero trabajar libremente, y disponer con libertad de su ganancia, obligarse con respecto al rico, y negarse á contratar con él, poder llegar á ser su igual por la industria, y si se considera ofendido ó defraudado, citarle ante la justicia; entrando después en alguna tienda, que notase las infinitas perfecciones introducidas hasta en las artes más sencillas, que viese á aquel pobre artesano y á su mujer vestirse con telas de seda, lo que parecía un excesivo lujo en las emperatrices, colgar de su cuello un reloj que indica las horas con otra precisión que lo que las indicaba la aguja de su gno-

(9) Algunas excepciones no hacen más que confirmar la regla.

mon, ó su imperfecta clepsidra: que viese á su lado una chimenea para encender fuego, y un claro espejo; conducto para las inmundicias, grabados de cuadros notables adornando las paredes, y algunos libros; las ventanas preservadas del viento por los cristales, y del sol por las persianas; que le viese saborear el azúcar y el café, tributo de un mundo en quien ni siquiera soñaban los sabios; recorrer calles iluminadas por el gas, y encender en su cuarto una lámpara que equivale á varias antorchas; usar una vagilla de un barniz de los más brillantes, mudar con frecuencia la ropa blanca de su uso y la de su lecho, poder en fin, procurarse con algunos sueldos con que satisfacer á todas sus necesidades en las tiendas de sus numerosos compañeros ¿no se inclinaria á decidir que aquel artesano es más feliz que los príncipes de su época?

Para representarnos aquella sociedad bajo su verdadero punto de vista, quitemos de la nuestra, no ya solamente los trasportes por medio del vapor, los telégrafos y los últimos adelantos; sino los correos, esta necesidad suprema de la civilización, el papel y la imprenta: reduzcámonos á vestirnó de lana, á escribir con mayúsculas y en pergamino, á no conocer las letras de cambio, á ver cerrarse los puertos, y no recibir tantas cosas exquisitas: renunciemos el algodón, rompamos las máquinas que nos procuran á un precio mínimo tantos objetos útiles, no tengamos termómetros, barómetros, higrómetros ni lentes de cristal, anteojos ni otros instrumentos que doblan el poder de los sentidos; sin medias ni tejidos de dibujo; sin carbon de piedra y sin ninguna de las preparaciones químicas que contribuyen en tanto número á la salud, hermostira y placeres; consideremos entonces si somos de parecer de que los antiguos eran más ricos que nosotros. Era un magnífico espectáculo ver ciudades y provincias enteras reunirse para discutir, deliberar y divertirse; pero en el día hemos multiplicado los medios de comunicarnos nuestras sensaciones, nuestras ideas, nuestros placeres y nuestras resoluciones sin cambiar de hora ni de lugar. Aquellos inmensos circos, aquellos espectáculos suntuosos donde las mujeres podían palpar de horrible placer, contemplando á millares de gladiadores degollarse y morir con arte, donde la embotada sensibilidad de la plebe, despertaba al aspecto de los leones y de los elefantes que cebaban su rabia unos contra otros, ó sobre los designados sectarios del Nazareno; aquellos teatros donde se ostentaban los ópimos despojos del Asia desolada á los excesos de la lubricidad, y si quereis cosas más humanas aquellos juegos olímpicos, donde el pueblo, que poseía en el más alto grado el sentimiento estético, iba á admirar la belleza de las formas, el atrevimiento de las posturas, la verdad de los colores, la sublimidad de la escultura, las inspiraciones de la poesía y de la historia, ¿os parece digno de envidia para nuestra época? La ostentación de las diver-

siones públicas, encubría la pobreza y malestar de la vida privada. La imperfecta organización de la familia, la servidumbre de la mujer, el envilecimiento de las clases bajas, producían la necesidad de las diversiones exteriores, y aun éstas no se reproducían sino á grandes intervalos. Cuando un interés más tierno y suave nació con las relaciones de los parientes y amigos, y la igualdad creó la felicidad doméstica, se abrieron manantiales de goces hasta entonces desconocidos; la contemplación de la historia y de los descubrimientos cada día nuevos, y las lecturas sencillas é inagotables; de modo que hoy apenas basta el tiempo para las reminiscencias, para la curiosidad, para los presentimientos. De esta manera es como nos agrada hacer suceder á las ruidosas diversiones de la juventud los placeres tranquilos y razonados de la edad madura.

No trataré del número muy pequeño de los que eran admitidos á los nobles goces del talento; pueden contarse con los dedos las copias completas de Homero; no queda más que una de Aristóteles, y tan pocas de Tácito y Tito Livio, que se les podía considerar perdidos doscientos años después de su aparición. En general, la comunicación de los libros era tan difícil, que talentos nada vulgares, se dedicaban exclusivamente á compilar. Solo de esta manera se han hecho conocer de la posteridad Justino, Valerio, Máximo, Eutropio, Focio, y el mismo Plinio el Viejo. Pero sin hablar de los goces materiales, el particular menos acomodado, tiene en nuestros días á la mano otros muy superiores en número y elección á los de los privilegiados de la antigüedad. Se procura por un débil gasto los de la música, los bailes y los teatros, diariamente si le conviene, y no recibe por caridad, como el ciudadano de Atenas, el dinero que emplea en ellos, sino que lo ha adquirido noblemente con su trabajo. Se viste con más comodidad, su lecho es más blando, se pasea más á su gusto, viaja más pronto, aprende más fácilmente, y se aprovecha de todos los descubrimientos de los pensadores acostumbrados á reflexionar antes de obrar, que saben apropiarse á las necesidades usuales los servicios de la inteligencia.

En suma, poseemos todas las artes de los antiguos con inmensas mejoras, y con la insigne ventaja de estar al alcance de todos. En otro tiempo se trabajaba para el menor número, en el día para las masas: cuando solamente algunos centenares de individuos poseían la igualdad de derechos civiles, en el día se cuentan á millares y pueden pasar al lado del rico sin tener que sufrir ninguna humillación, pedir justicia contra el poderoso, sentarse en el banquete de la vida con una multitud cada día más numerosa.

Bellas artes.—Pero si nos es fácil reconocernos superiores á los antiguos en la inteligencia, no se puede concedernos otro tanto en los productos de la imaginación. Cuando se contempla la Vénus de Milo y el grupo de Niobe, y se ve el *Edipo rey*

de Sófocles, la *Trilogía Orestíada* de Esquilo, las *Geórgicas* de Virgilio, es preciso confesar que no les igualamos. Una lengua de una armonía estremada, el espectáculo de una naturaleza encantadora, la vista incesante de las bellezas desnudas en los baños ó en los teatros, trajes que no incomodaban ni desfiguraban los miembros; las continuas relaciones de los artistas y de los filósofos; una religión enteramente material, y la necesidad de adornar las ciudades, é inmortalizar á los héroes hicieron adelantar extraordinariamente el arte en la Helade (10). Añádase á esto que los griegos no conocían nada más perfecto; á diferencia de nosotros, los modernos, que hemos consumido en imitaciones el tiempo en que el genio posee todo su poder, y que no hemos vuelto á la naturaleza sino cuando éste se ha desvanecido. Por esto es por lo que el genio y el gusto que coexistieron entre los griegos, llegaron sucesivamente á nosotros; y queriendo ponernos en su seguimiento, nos hemos encontrado detenidos en caminos por donde hubiéramos podido ir lejos sin ser tal vez mejores; pero permaneciendo de seguro originales. En efecto, es necesario considerar las artes de lo bello en relación con el estado social y con las costumbres; y así como una china muy admirada entre los suyos, no brillaría á nuestra vista, aun cuando tal vez cesasen las prevenciones, asimismo las obras de otra época nos parecen menos perfectas.

Es de notar que el arte, en el cual los modernos han hecho más progresos, y el en que los antiguos no han dejado obras maestras, es la pintura, en la que nosotros no solo escedemos en la expresión moral, sino también en la parte técnica. No podemos comprender como pueden ser considerados como hermosos, cuadros sin fondo, sin perspectiva sin escorzo, por los que se alaba á un pintor por un retrato que parecía mirar al espectador, por cualquier lado que se colocara, ó por racimos de uvas que los pájaros habían picoteado. Los frescos de las paredes ó los mosaicos que proceden de las ciudades enterradas por el Vesubio, se habían señalado á nuestra admiración como capaces de sostener la comparación con las obras de los maestros italianos del siglo XIV; pero están bien distantes de ello.

Los antiguos permanecieron también en la infancia de la ciencia musical, escepto que conocieron el poder de los coros. Ignoraron también los acordes (11) y no poseyeron instrumentos de arco; y si las maravillas de Orfeo y de Anfió, no eran fábulas, podemos oponerles efectos no menos poderosos con el tambor y los aires populares.

Aquellas estatuas en que el mármol, el mármol y los metales, estaban juntamente combinados,

(10) «No queriendo Dios conceder la verdad á los griegos, les dió la poesía.» JOUBERT.

(11) J. F. Dannely, sostiene en la parte XXIX de la *London Encyclopedia*, que los griegos conocieron la armonía.

y cuyos ojos estaban formados de piedras preciosas, ofrecen de seguro un aspecto diferente de lo que llamamos hermoso. Es verdad que quedan obras que el más escéptico debe admirar sin restricción. ¿Pero quién resolverá el problema de cual es la causa porque nace un gran artista? Si el Apolo y la Vénus se hicieron en los días más brillantes de Atenas, el inimitable Laocoonte lo fué en los tiempos de su decadencia, así como el gran Canova se lanzó desde sus estravagancias á sus más sublimes obras. Varios críticos han dado á ciertas obras modernas la preferencia sobre las de la antigüedad (12); hay algunos de ellos que admiran aun más como tesoros antiguos falsificaciones modernas (13); pero repetiremos que ambas épocas tienen bellezas diferentes, y que los antiguos no poseen ni el Moisés, ni el papa Rezzonico, así como tampoco tuvieron al *Macbeth*, ni el análisis de nuestros romanceros y moralistas; repetiremos que no sabemos porque entre nosotros, que además de los recursos que ellos tenían, poseemos sus preceptos y ejemplos, no puede surgir un Praxiteles. Es verdad que no queríamos proclamarle tal, porque idólatras de lo antiguo, no concedemos el título de grande más que á aquel que imita, y queremos que para ser el primero se coloque en el segundo lugar. Únicamente por este motivo es por lo que desdeñamos la originalidad de las catedrales de la Edad Media y la libre transición del arte á la época del renacimiento, sujetándolo á los tipos inevitables del Partenon y la Rotonda; por este mismo motivo es por el que obligamos á nuestros arquitectos á multiplicar las ficciones y las estravagancias para adaptar fachadas romanas y griegas, á edificios destinados á necesidades enteramente diferentes, en lugar de excitar el genio á crear, y á sobreponerse á las disonancias que el arte no se ha atrevido aun á armonizar (14). Con-

(12) Vasari dice del David de Miguel Angel, que «des- tronó todas las estatuas modernas y antiguas, griegas ó latinas, cualesquiera que fuesen;» y Bottari, que «ha sobrepajado á los griegos, cuyas estatuas, cuando son mayores que el tamaño natural, no ofrecen tanta perfección.» Referir estos juicios no equivale á aceptarlos, como no podríamos aceptar el de Voltaire, cuando dice, «que los discursos improvisados en el parlamento de Inglaterra son superiores á toda la elocuencia estudiada de los antiguos.»

(13) Winckelmann cita algunos en el prefacio de su *Historia de las artes*; pero él mismo ha descrito pomposamente, como procedentes de Herculano, obras hechas expresamente para engañarle. Un Júpiter y Ganímedes, de que Mengs era el autor, fué mirado como antiguo por él y por todo el mundo. Se conoce la anécdota de la estatua del Amor de Miguel Angel; ¡y cuántas producciones de Juan de Bolonia no pasan por obras griegas! Por otra parte, hay muchos artistas, y Mengs es de este número, que sostienen que todas las estatuas antiguas que poseemos son copias. Pueden verse las contestaciones muy débiles de este pintor á Filonnet, que atacaba temerariamente el mérito de los escultores antiguos.

(14) Creemos muy injusta la comparación que se hace

fezemos de todos modos que las bellas artes en la parte que representan enérgicamente la existencia moral y social de los pueblos, convienen con preferencia á una sociedad homogénea y fija, cuyo carácter completo y decidido tolera una reproducción más clara y mejor definida. Esto es lo que la sociedad era entre los antiguos, al paso que entre nosotros es una transición desprovista de fisonomía duradera. Nuestra inferioridad en las bellas artes, no indicaría que las facultades estéticas se han disminuido, sino más bien que no han encontrado un estimulante directo y enérgico, ni atribuciones tan importantes ó disposiciones tan favorables como en el politeísmo. Por lo demás, ¿quién se atrevería en el día á decir que las naciones más civilizadas de Europa, son las que poseen mejores artistas?

Literatura.—En la misma literatura, hecha para un pequeño número de talentos cultivados, tratada como arte y no como oficio, cada cosa estaba regularizada, coordinada por ciertas reglas introducidas por la costumbre, y en las que el estilo tiene tanta importancia como las ideas. Todavía hay algunos que quieren esta voluptuosidad esquisita: por eso, aun después que los clásicos perdieron sus flores, y dieron todos sus frutos, deleita y satisface sentarse á su sombra, y aun cuando no hagan sino ostentación de belleza, complace en penetrar en ellos como en torrentes de luz, en donde el hombre nada descubre, pero se encuentra inundado de claridad y alegría.

Es verdad que acomodándose á reglas establecidas de antemano, y no tomando por juez más que un pequeño círculo, se puede insensiblemente salirse del camino recto. De aquí tal vez la inevitable decadencia de los antiguos siglos de oro, sin que jamás volviesen á renacer.

Con respecto á nosotros, modernos, la literatura aristocrática, impotente como todo lo que se separa del pueblo, es la obra de un pequeño número de imaginaciones estériles que tratan de reducirnos á una admiración ociosa ó á una imitación servil de los antiguos. Llena de trabas por las teorías de las escuelas, de los periódicos, y privada de su más bella gloria, la de vivir en los corazones, más bien que en las bibliotecas; esta literatura artificial se asemeja á las arpas cónicas, que dan algunos bellos sonidos, pero no tocan un aria. En el día los literatos no están al servicio de una corte, sino al de todo el mundo; descuidan, pues, la delicadeza de los supuestos, de las sutilezas, de las alusiones para buscar la claridad, la precisión y el colorido. En el día la literatura es un combate como todo lo demás: la forma acompasada sucumbe bajo el choque y el capricho; la indestructible fe en un autor cede al infinito de las opinio-

continuamente en el patio de Belvedere entre las antiguas obras maestras y el Perseo de Canova. Es necesario comparar la parte de originalidad que hay en cada una.

nes; la polémica sofoca el arte, y no hay necesidad de lisonjear halagando los oídos. Por eso ya no se estudia el arte por sí mismo, y cada día desaparece más el estilo; hacen una escepcion en su favor, los que le consagran todas sus fuerzas y concentran en él todos sus pensamientos. El mundo los alaba y los abandona á un lado como á las bellotas de la edad de oro. ¿Hay de qué admirarse? Las letras y las bellas artes han dejado solamente de ser, como las llamaba Raynal, la decoracion del edificio social; la república literaria comprende tantos miembros como gentes hay que sepan leer, es decir, á todo el mundo. El arte, semejante en esto al teatro, pierde tanto más en delicadeza, cuanto más considerable es el número de aquellos á quienes se dirige. El pueblo quiere encontrar en él su espontaneidad, su pensamiento, sus formas, su lenguaje, las grandes verdades espresadas sin pretension. Las lecturas poco numerosas, pero repetidas y profundas, han cedido el puesto á las fáciles y multiplicadas. Hasta personas sin instruccion leen por divertirse, por pasar el tiempo; resulta de ello que incapaces de sentir las delicadezas estudiadas, buscan las bellezas inteligibles; aman la novedad, para interrumpir la uniformidad de la existencia; la ejecucion rápida para suplir á la perfeccion de los detalles; la facilidad para satisfacer con prontitud una necesidad desmesurada de conocer.

Los antiguos tenían fe en la duracion, y los romanos contaban ser leídos mientras subsistiera el Capitolio: nosotros esperamos que nuevas verdades envejecerán nuestros libros. Componer laboriosamente, conservar nueve años un manuscrito en su cartera, es una tonta vanidad en una época en que las glorias se suceden con tanta rapidez, que no se puede creer en las ilustraciones póstumas; en las que el interés del momento se perderá mañana, y las ideas se presentan con tal rapidez, que desgraciado de aquel cuyo repertorio tiene diez años de fecha. En estos diez años puede encontrarse un 1774 que renueva la física y la química, un 1789 que cambia la política, y casi podía decirse la moral.

Los perezosos abusan de ello, y bajo el pretexto de ideas muy abundantes, descuidan la forma, ignorando que, como consecuencia de su último vínculo, refinando la expresion pulimentan é ilustran el pensamiento; sacrifican lo bello á lo útil, como la Revolucion que convirtió el jardín de las Tullerías en un campo de patatas. Pero si observamos á aquellos que fijan su atencion hasta en la elegancia, cedro que las obras clásicas perpetúan entre el párrafo de las percederas, encontraremos que los antiguos son más pintores, los modernos más escritores, por poco que se quiera distinguir el arte de las formas y del colorido del del estilo, que coordina y espresa la idea; el más exterior de los talentos del más intimo; la reproduccion de las apariencias luminosas, de la revelacion de los sentimientos internos.

Ciencias.—Con semejante paralelo, hubiera ganado mi causa si hubiera nombrado las ciencias; porque, aunque los antiguos pueden reclamar la parte más difícil, es decir, la de haber puesto los cimientos, nos las transmitieron más bien como fragmentos sueltos que como un encadenamiento sistemático, que es como son necesarias para que sirvan de base á los progresos futuros. Hemos descubierto otras nuevas: las que hemos recibido en su infancia han adquirido de nosotros un inmenso desarrollo, y todas las hemos renovado. Se encuentra en sus principios alguna cosa que pertenece á la casualidad, á la fatalidad y á la adivinacion, de lo que se sigue que en la imposibilidad de explicar su origen, varios escritores dedujeron la prueba de una revelacion primitiva; no atreviéndose otros á confesar la fe, con pobres recursos, procuraron encontrar un justo medio, é imaginaron un pueblo anterior que pereció con sus conocimientos, del cual quedaron flotantes sin embargo ciertas nociones. Los antiguos construyeron con estos restos, pero no hicieron verdaderas esperiencias. Observaban los fenómenos naturales sin dedicarse á reproducirlos aisladamente con el objeto de ilustrar las causas y la esencia. Mostraron curiosidad, pero no espíritu científico; y si poseyeron conocimientos, no poseyeron verdaderas ciencias.

La ciencia médica, que tantas abrazaba, no podía adelantar mucho entre ellos, cuando solamente conocian la marcha general y exterior de las enfermedades, sin su conexión con los órganos, cuya estructura ignoraban, así como sus funciones y su relacion.

Cada fenómeno del universo da lugar á consideraciones de número, desde las dosis farmacéuticas hasta la órbita de los cometas. En el día se conoce un poco adelantaron los antiguos, visto su sistema imperfecto de numeracion, en la ciencia de los números, que es la aritmética, y su ignorancia de las leyes, también de los números, que es el álgebra, medio secreto de sondear los secretos de la naturaleza.

El dominio de la sensacion se ha estendido inmensamente desde que se ha podido precisar con el termómetro el grado de calor, medido las alturas con el barómetro, calculado las aplanaciones del globo con el péndulo, y las misteriosas combinaciones químicas con ayuda de la balanza. Determinando algunos ángulos con el sestante, el navegante sabe á qué distancia está del polo; con los círculos repetidores, marca el astrónomo el instante y los países donde se reproducirá en el transcurso de los siglos un fenómeno celeste, y aun cuando con los instrumentos no se ha podido llegar á la perfeccion, se han sabido calcular los límites del error posible.

No avanzando sino por medio de la observacion, hemos abolido toda una clase de ciencias, es decir, las ocultas, que se presentaban siempre en competencia con las verdaderas; y si aparecen inexplicables efectos, veneramos sus misteriosas causas.

pero sin suponer que esceden á la fuerza de la naturaleza. Recopilamos los hechos con un cuidado concienzudo, esperando que la casualidad ó el genio descubra el punto á que convergen, y de que reciben su esplicacion.

Los talentos que pueden fijarse únicamente en algunas partes, son más lúcidos que los que lo abrazan todo en masa. Tales eran los antiguos, al paso que nosotros, colocados entre el análisis filosófico que todo lo descompone y enerva, y la confusa síntesis que produce una vaga ignorancia, surgió el verdadero espíritu metafísico, el genio de las relaciones y de las armonias, que conduce á los descubrimientos de todas clases. De aquí las inmensas conquistas de la razon y la verdad. Si en otro tiempo se obraba sin discutir, en el día se razona sobre todo, y la doctrina adelanta en union con las aplicaciones. Otro carácter que faltaba entre los antiguos á las ciencias y á la literatura, era la de no creerse degradadas con las aplicaciones prácticas, ocupándose de intereses materiales, de dinero, de produccion y de consumo. Mucho tiempo la filosofía antigua no hizo más que pensar: era preciso que sintiese, que amase; y á esto es á lo que se dedicó, desde el momento en que la voz del cielo dijo: *Id, é instruid toda la tierra.* Una vez que se estinguió el orgullo de una ciencia privilegiada, que se disiparon las nubes que envolvían á la academia y al templo, que se arrancó el arcano de las doctrinas á los sacerdotes, todos los hombres fueron convidados á la ciencia; é hicieron que redujeran á la práctica todos los descubrimientos del espíritu humano, por eso la edad moderna lleva en su cabeza la prensa con que se eterniza y multiplica la palabra, y empuña el arma que imposibilita que de la civilizacion pasemos á ser verdaderos bárbaros.

Sobre todo, en el día, los sabios se han puesto en comunicacion con los industriales. Durante la Revolucion francesa, el gobierno interrogaba á los sabios sobre todas las operaciones, sobre los mejores medios para procurarse nitro, hacer pólvora y pan; hacia que Lagrange se dedicase á calcular la teoria de los proyectiles; mandaba ir con el ejército de Egipto á una comision de sabios. El naturalista ayuda al agricultor, la botánica proporciona colores á los tintoreros y las recetas que éstos emplean se simplifican por los químicos; las máquinas y los procedimientos están sometidos al examen y á los cálculos de los sabios, para que los juzguen y perfeccionen. Así es, que cuando la ciencia pasó á esplicaciones inmediatas, procuró nuevos placeres al hombre, y le dulcificó los sufrimientos del destierro. Iniquidades que parecen invencibles sucumbieron ante sus descubrimientos; el azúcar de remolacha destruyó el estimulante más activo de la trata de negros, y el poder del vapor abolió el horrible suplicio de las galeras, el envilecimiento que resulta de las servidumbres opresivas.

Progreso continuo.—No titubaremos en repe-

tir al fin de nuestro curso, lo que hemos adelantado al principiarlo: á saber, que la edad de oro no es de sentir en lo pasado, sino que se debe esperar en lo futuro; que, mientras que los antiguos se desconstuelan con la idea de que el mundo envejece sin cesar, siendo cada día peor, nosotros nos consolamos con la creencia de que se mejora, y sostenidos por esperanzas siempre prorogadas, pero cada vez más estensas, emprendemos la tarea de mejorarlo en efecto, sin dormirmos en la seguridad, ni dejarnos desanimar por el temor. Era preciso para esto, pedir á los tiempos pasados la luz, sin la cual el espíritu se pierde buscando el porvenir: era justo reverenciar á los antiguos, por haber allanado el camino á sus sucesores, pero no era imitarlos siempre, sólo la locura puede creer que hay injuria al juzgarlos, y que se desconoce su mérito decidiendo que se les ha adelantado.

En tanto que el mundo permanezca compuesto de muy grandes y muy pequeños, de muy ricos y muy pobres, de sabios eminentes y de ignorantes ínfimos, la historia fija sus miradas en los primeros, porque deslumbran, ó porque su vista no basta á comprenderlos á todos. Si se cambian las condiciones, no se entretiene en contemplar la beatitud del pequeño número, sino que se instruye buscando el bienestar de todos. Se hace tambien contemporanea de los siglos más diversos; empareja los dos elementos con todo lo que es bello, la unidad y la variedad. Siendo uno el actor, es decir, el hombre, y uno tambien el teatro, que es el mundo, mientras que las circunstancias varian, el interés y las ventajas resultan hasta de las agitaciones más remotas, comparándolas al movimiento actual; y hay á la vez de esta manera curiosidad satisfecha é instruccion. Esta es la razon por la que en los tiempos antiguos nos hemos detenido menos en las batallas y en las conquistas, que en las luchas del esclavo con el hombre libre, del plebeyo con el patricio; luchas que se renovaron en la Edad Media entre el propietario y el siervo, y en el día entre el capitalista y el proletario, entre el empresario y los obreros.

En el siglo de Tarquino no habia ciudades más allá del 43° paralelo: en tiempo de Constantino llegaron hasta el 49° y á las cataratas del Nilo; y al mismo tiempo que las águilas romanas destrozaban el manto de la reina de Asia, desmontaban las selvas de la Germania para abrir por allí un camino á la civilizacion.

En la antigüedad no habia habido más que aglomeracion y concejos, y sólo Roma habia concebido la idea de la nacionalidad procurando reunir, fundar y organizar. Vémosla, en efecto, ocupada en sujetar á su dominio á las pequeñas poblaciones animadas de una antipatía mútua y una actividad guerrera, que las hacia rebeldes á la civilizacion, y fundar de esta manera un imperio, de lo que no habia habido ejemplo. De todos modos, para organizarle, tuvo que sujetarse á las tentativas, y su código es una tentativa sublime; pero para

conseguirlo, le faltaba la unidad religiosa; prodújola el cristianismo, y la civilización que se había puesto en marcha para conquistar el mundo con ayuda del acero y de la ley, adoptó entonces el manto del misionero, y enarbó el estandarte de la cruz.

Con la cruz hemos atravesado la Edad Media; y los que han creído que nos habíamos dedicado á hacer su panegrico ó á echarla de menos, ó no nos han comprendido, ó no lo han querido. ¿Acaso las instituciones son buenas para todas las épocas? ¿Y según éstos las mejores no se cambian en peores, como sucede con la turmalina que calentándola invierte su polaridad? El que señala la necesidad de estudiar las enfermedades en los hospitales, ¿quiere acaso persuadir á los que le oyen que se metan en cama? Creemos que los que piensan como Voltaire, aun cuando Voltaire no pensara ya de esta manera, cesarian de desdeñar y de burlarse del estudio de aquella época, semejante á las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, que á la vez producen el precioso árbol del pan, y el *upas* venenoso, cuya sombra da la muerte. Nuestra intención ha sido considerada bajo el aspecto de los verdaderos progresos que ha hecho hacer á la humanidad, y refutar á los escritores que quieren manifestarnos como una pura anarquía, sin conocer que de esta manera no hacen más que el que deseen el despotismo las personas honradas que prefieren siempre el orden social al orden legal. Por otra parte, las convicciones que dominaron en la Edad Media eran nobles, porque eran francas; podían producir grandes criminales, pero nunca cobardes; hemos tenido necesidad con frecuencia de separar nuestra vista de los horrores de aquella época, pero para dirigirlos sobre alguna otra cosa capaz de reanimar nuestro valor; no hemos tenido necesidad de negar lo que otros han dicho, sino echar á un lado lo que han descuidado. Afligido el observador cristiano con el aspecto de los males de la vida y la iniquidad de la naturaleza humana, se consuela dirigiendo, desde este fango lleno de lágrimas, una suplicante mirada hacia el esplendor supremo.

Progresos en la Edad Media.—El hecho capital de la Edad Media es el haber puesto por obra el cristianismo y el desarrollo de sus consecuencias á través de los obstáculos, mientras que cumple la misión divina de establecer políticamente la moral universal, y obtener la fusión que Roma no había sabido operar, no sólo bajo la forma de nacionalidad, sino también bajo la de la humanidad. Hemos demostrado que el cristianismo se dirigía á mejorar la sociedad, no tanto alterando su organización como contribuyendo á la perfección individual por las privaciones, las penitencias y los sacrificios. Estos no estaban concebidos como prudencia relativa al hombre, sino como debe de su destino social; y la humildad, ardentemente recomendada, era el correctivo del orgullo que dominaba en el mundo; el precepto de amar á los

demás como á nosotros mismos no repugnaba al instinto personal, y era la guía y medida del instinto social. El patriotismo salvaje fue templado por el sentimiento de fraternidad universal; la obligación individual, de consagrar una porción de lo que se poseía al consuelo de otro, procuró un asilo á la miseria. En la familia, el cristianismo fortificó la autoridad paterna santificándola; pero no dejó al padre árbitro de la vida de sus hijos; elevó á la mujer, no haciéndola superior á su propia naturaleza, y hasta la excluyó de toda participación en el sacerdocio (15); pero reconociendo las inextinguibles señales que le dan una misión diferente de la del hombre, y concentrándole en la vida doméstica, le garantizó la libertad, la llamó á tomar parte en la suerte de su marido, y le propuso por tipo la pureza unida á la maternidad. La indisolubilidad del matrimonio impidió que la vida fuese agitada por tempestuosas pruebas, refrenó la inconstancia de los deseos, indicó la conducta que había de seguirse en las situaciones independientes de la voluntad, y enseñó á comprimir los apetitos demasiado enérgicos.

Lo que prueba que la influencia moral del cristianismo no procedía sólo de sus doctrinas, sino también de su organización, el poco fruto que produjo, tanto entre los bizantinos como en el islamismo, que se puede considerar como una herejía cristiana. La supremacía pasó de la política á la moral, haciendo que las necesidades fijas y generales prevaleciesen sobre las particulares y variadas. Después de haber hecho distinción en las condiciones elementales de la existencia humana de las que son comunes á todos los Estados de la sociedad y de las que dependen de las situaciones particulares, el poder espiritual se comprometió á hacer respetar las primeras en la vida del individuo y en la de la sociedad.

Los Estados antiguos habían nacido de un principio único, la conquista. En la Edad Media no hubo naciones, sino gentes que se apiñaban en rededor de un obispo, y todos los obispos en rededor del papa; de aquí, tanto la universalidad sin límites de espacio, como sin personalidad de pueblo. El hombre no pertenece ya en cuerpo y alma á la patria; el legislador no le envuelve enteramente en sus decretos á los cuales reconoce por superior una ley moral, constituida sobre otros principios de la ley positiva. De la independencia de creer y adorar, resulta la libertad de conciencia. Esta distinción entre lo espiritual y lo temporal, hizo que no sólo las naciones pequeñas, sino también el género humano, se abrazase sin violencia. La nueva Roma trasmite sus órdenes á todos los pueblos, y envía á convertir á la India y á la América, lo que hubiera sido para la antigüedad un sueño gigantesco. Constituida sobre el mérito intelectual y moral, que no puede usurpar

(15) *Mulieres in ecclesiis taceant.* 1, Cor., XIV.

la espada, con una elección libre, y de la que nadie está excluido, con tal que sea digno de ella, la Iglesia adquiere el sentimiento de su superioridad sobre las groseras formas militares de la época, y saca su influencia tanto de la educación especial del clero, como de la organización de los monjes, que no están inclinados como el clero secular á hacerse nacionales. El celibato dió la independencia social y la libertad de espíritu necesaria á la gran misión; puso obstáculos á la tendencia, universal en aquella época, que trataba de hacer los empleos y las propiedades hereditarias, é impidió concentrar el sacerdocio en una casta ó en ciertas familias, como sucedió no sólo en las teocracias antiguas, sino también en parte entre los griegos y romanos. Existiendo el peligro de los Estados teocráticos de ver predominar las inspiraciones personales, desaparecía delante de la infalibilidad de un tribunal divino. Al mismo tiempo que una lengua única facilitaba la concentración y comunicación de las ideas, alejaba el tiempo en que la crítica debía zajar aquel venerable edificio (16).

Desgraciadamente, para preservar la indepen-

(16) M. Augusto Comte, en su *Curso de filosofía positiva*, demuestra estensamente la incontestable superioridad social, como el la llama, de la Edad Media sobre la antigüedad (tomo V, 409). Partiendo de puntos muy opuestos á los nuestros, y teniendo á la mira consecuencias enteramente diferentes, hace una apreciación de la Edad Media en todo igual á la que yo he emitido, y que ciertamente no conocía cuando se espesaba así en 1841 en el tomo V, pág. 966; «á la influencia universal de esta aberración fundamental (de no reconocer al poder espiritual como independiente del poder temporal), es á lo que se debe achacar el principal origen histórico de aquel irracional desden que se manifestó entonces hacia la Edad Media, bajo la inspiración directa del protestantismo, y que después se ha propagado por todas partes con una energía siempre en aumento, por una consecuencia de la misma situación fundamental, hasta fines del siglo último, porque es sobre todo por odio á la constitución católica, por lo que aquella grande época social ha sido tan injustamente tratada con deplorable unanimidad, no solo por los protestantes sino también por los católicos, donde la independencia política del poder espiritual no estaba menos despreciada. Tal es el primer origen de aquella ciega admiración hacia el régimen político de la antigüedad, que ha ejercido tan deplorable influencia social, durante todo el curso del período revolucionario (véase nuestro *Discurso sobre la Edad Media*, t. IV), inspirando una exaltación absoluta en favor de un sistema social que corresponde á una civilización radicalmente distinta de la nuestra, y que el catolicismo había justamente apreciado en la época de su esplendor, como esencialmente inferior. El protestantismo ha contribuido especialmente al peligroso desvío de las almas por su racional y exclusiva predilección hacia la Iglesia primitiva, y sobre todo, por su espontáneo entusiasmo, aun menos juicioso y más dañoso, para la teocracia hebraica. De esta manera es como se ha borrado casi durante la mayor parte de los tres últimos siglos, ó al menos profundamente alterado, la noción fundamental del progreso social, que el catolicismo había bosquejado en un principio... La teoría metafísica del estado de la natu-

dencia del poder espiritual en los tiempos de fuerza, y para que el pontífice del mundo no se viese reducido al papel de capellan del rey, en cuya jurisdicción se encontraba, fué necesario concederle un principado terrestre. Una condición escepcional era necesaria á aquel país. La Italia se aprovechó de ella bajo el aspecto del desarrollo intelectual; pero sufrió trabas por su nacionalidad política, en atención á que los pontífices no podían extender su dominación temporal sobre toda la península, ni sufrir un vecino que les amenazase. Pero con respecto al resto del mundo, ¿quién podría negar la eficacia de la organización de la Edad Media? La educación inherente al sacerdocio, y fundamento primitivo de todas las instituciones de la Iglesia se había extendido á todas clases, imponiéndoles como obligatoria la instrucción religiosa. De esta manera extendió ideas sanas sobre la naturaleza del hombre y sobre la historia de la humanidad; ofreció reglas para apreciar los actos de las opiniones; fecundó el espíritu de discusión social, abrió un libre campo á la filosofía metafísica, aunque reprimiendo los excesos parciales; y el debate nacido entre los dos poderes hizo que los talentos meditasen sobre las bases del sistema social. Pero, como todas las facultades deben dirigirse al amor universal, la misma inteligencia estaba subordinada á la moral, lo que evitaba los desórdenes. Tenía, pues, el clero á merced suya á los talentos y á los corazones. Causaría, pues, admiración, si con la cátedra, el confesonario y el catecismo, con un culto muy rico en medios morales, de acción individual y de unión social, no hubiera llegado á ser el soberano del mundo, donde faltaba la instrucción.

El espíritu de invasión, que hacia siglos agitaba las naciones del Norte, se había transformado, por la esencia misma del catolicismo, en espíritu de conservación, que trataba de reunir en una sola familia política á las naciones cristianas; y todas las grandes expediciones que inspiró tuvieron por objeto rechazar los ataques de los árabes, sajones, mogoles y turcos.

Aunque contrario á los poderes hereditarios, la favoreció en el feudalismo; porque encontrándose simplificado el sistema militar, era necesario dar á los futuros guerreros una educación especial, que no podía ser entonces otra que la doméstica; no hubiera sido posible tampoco dirigir el ejercicio de la autoridad territorial, sin transmitir con la tierra, á la generación siguiente, los sentimientos y costumbres que le eran inherentes, sin interesarse en la suerte de los inferiores, entre quienes crecía. Al mismo tiempo estos fraccionados dominios sujetaban los guerreros al país, y oponían á los bárbaros

raleza ha llegado después á imprimir una especie de sanción dogmática á esta aberración retrógrada, representando todo orden social como una creciente degeneración de esta quimérica situación, etc.